

—La causa la tienes á tu lado, contestó el guerrero.

—Expílicate.

—La mayor parte de los nobles de Tezcuco desean arrebatár la corona de tus sienes para colocarla en las de tu hermano Otholemi.

—Si tal supiera, yo mismo le daría la muerte.

—Pues prepárate á dársela, porque sus partidarios se aumentan por momentos, y segun mis noticias, de un momento á otro se rebelarán contra tí.

—Es necesario, dijo Cacumatzin, ardiendo en ira, que yo sepa al instante quiénes son los infames que tan inícuamente conspiran contra mí.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para sacrificarlos y enviar sus cabezas al gran templo de México.

—Si adoptases esa medida, dijo Iolombio, perderías tu corona, porque forman parte de la conjuración los nobles que más prestigio tienen entre tus vasallos. Yo te aconsejo, que calmado la ira que mis revelaciones despiertan en tu alma, pidas á tu sagacidad el remedio que necesitas.

—¿Qué me aconsejas, mi fiel amigo?

—La desaparición de tu hermano.

En cuanto él falte, faltará el móvil que incita á los rebeldes, y la necesidad les hará volver á tí.

—Mañana mismo perecerá Otholemi, dijo Cacumatzin, haciendo una señal á Iolombio para que le dejase solo.



## CAPITULO LIX.

### La sombra de una madre.



UANDO resolvió Cacumatzin poner término á las maquinaciones de sus enemigos, destruyendo la causa que las fomentaban, se hallaba solo en su estancia, y reinaba en torno suyo el mayor silencio.

Otholemi, segun su costumbre, se presentó á recibir órdenes de su hermano.

Al verle se estremeció el rey de Tezcuco.

La idea de ensangrentar sus manos sacrificando á Otholemi, le horrorizó.

—Respóndeme, dijo con acento severo al jóven. ¿Cómo tienes valor de presentarte á mi vista?

—Vengo á recibir tus órdenes, dijo con serenidad Otholemi.

—¿Crees, por ventura, que ignoro los planes que abrigas contra mí?

—No puedo creerlo, porque no abrigo ningun plan.

—¿Negarás que fomentas en mi ruina un partido con ánimo de destronarme?

—Otholemi miró fijamente á su hermano.

—¿Y para qué quiero yo tu corona? le dijo.

—¿Es decir que niegas lo que sé?

—La calumnia no es la verdad.

—No se inventan esos propósitos cuando no hay álguien que los fomente.

—Tendria motivos para quejarme de tu trato, dijo Othole-



mi, porque yo soy considerado por tí como el peor de tus vasallos.

Pero aunque así no fuese, aunque me tratases como al último de tus esclavos, aunque olvidase por completo que nuestra madre Iliana te suplicó al morir que fueras mi sostén, no solo no aspiraría á arrebatarte una corona, que para nada quiero, sino que lucharía por defenderte de tus enemigos.

—Bien finges.

—Soy tu vasallo, en tu poder estoy. Júzgame, y condéname si me crees culpable. Prefiero mil veces la muerte á tu opresión.

—¿Con que es decir, que persistes en negar que algunos nobles de mi reino aspiran á reemplazarme contigo?

—No negaré que algunas veces me han indicado ese proyecto; pero yo lo he rechazado siempre, y al dudarle me ofendes.

—Bien está, dijo Cacumatzin. Yo sé que se me tiende un lazo, y que tú eres el pretexto. Desde este instante eres mi prisionero.

—Tranquilo aguardo mi sentencia.

Cacumatzin llamó á uno de los guardias de su palacio, y después de darle órdenes en secreto, mandó á su hermano que siguiese al guardia.

Por acostumbrado que estuviese á la tiranía, por sordo que fuese á los sentimientos de su alma, no pudo ménos de estremecerse ante la idea de tener que deshacerse de su hermano.

Quedándose solo en la estancia, trató de conciliar el sueño. A pesar suyo se agolparon á su imaginación los recuerdos del pasado.

La sombra de su madre se apareció á sus ojos, y evocó los recuerdos de su infancia.

El hermano mayor de Otholemi, al espirar Iliana, había pedido á Cacumatzin que fuese un padre para con su hermano.

Cacumatzin juró cumplir las órdenes de Iliana. ¿Cómo podía decretar la sentencia de muerte de Otholemi?



La sombra de su madre se apareció á sus ojos, y evocó los recuerdos de su infancia.



Y sin embargo, no tenía más remedio para contrarestar los planes de sus enemigos, que llevar à cabo aquel horrible atentado.

La sombra de Iliana se presentó á Cacumatzin para pedirle cuenta del infame proyecto que abrigaba.

—¡Ay de tí! le decía aquel fatídico espectro. ¡Ay de tí, si consumas ese cruel atentado! El dios de la venganza lanzará sus rayos sobre tu frente, y maldito para siempre de Tezcalepuzca, solo recogerás desolacion y espanto de la sangre inocente de tu hermano.

Bajo la influencia de aquella pesadilla pasó la noche Cacumatzin en medio de horribles convulsiones.

Al dia siguiente dispuso que Otholemi fuese conducido al templo de Tezcuco y sacrificado en aras de sus dioses.

Los sacerdotes, despues de terminada la ceremonia, acudieron á su palacio para anunciarle que habian obedecido sus mandatos.

Poco despues llegó à Tezcuco la noticia de la lucha que habia tenido lugar en México entre los españoles y los sacerdotes del gran templo, al haber intentado aquellos destruir los ídolos para reemplazarlos por las imágenes de su religion.

Convocando á todos los nobles de la corte, les anunció lo que pasaba, y les excitó á que le prestasen su ayuda para formar un numeroso ejército, llegar á México y defender la religion, que no era, como la independencia, patrimonio exclusivo de los mexicanos, sino un sentimiento del corazon de todos los aztecas.

A sus palabras respondieron los dignatarios de su corte con evasivas, hijas del temor y de la desconfianza.

En vista de la actitud de los tezcucanos, buscó Cacumatzin á Iolombio para averiguar por él la causa de aquella indiferencia.

—No la atribuyas á otro motivo, dijo el general, sino al sacrificio de nuestros hermanos; y si te fias de mi consejo, lo me-



por que debes hacer para conservar tu prestigio, es abandonar tus planes por ahora y buscar en México por medio de la astucia lo que no te es posible realizar con la fuerza.

Yo te acompañaré, y en nombre de la religion azteca, ofendida por los extranjeros, conseguirás más que si avanzaras á México al frente de un numeroso ejército.

Cacumatzin, cediendo á la imperiosa ley de la necesidad, convocó de nuevo á sus consejeros, y al descubrir en ellos las simpatías que sentian hácia los españoles, iba á volver á México para pactar la alianza que sus vasallos deseaban.

El espíritu de los tezcucanos era aquel efectivamente.

Los que capitaneaban la conjuracion que tenia por objeto destruir á Cacumatzin, acogieron con júbilo su anuncio.

Al dia siguiente partieron á México Cacumatzin é Iolombio.

Antes de que llegase á México Cacumatzin, habian dispuesto los partidarios de su hermano Otholemi enviar un emisario á Hernan Cortés.

Este emisario habia celebrado una entrevista con el jefe de los españoles, y le habia anunciado en nombre de los nobles de la ciudad el júbilo con que aceptarían su amistad, los deseos que tenian de destronar á su soberano, y los temores que abrigan de que fuese el más tenaz enemigo de los españoles, impedido por su ambicion, que le impulsaba á concitar los odios del pueblo mexicano contra Moctezuma y sus aliados, con el fin de apoderarse del cetro del imperio.

Un emisario acompañaba al jóven á quien los tezcucanos ponian bajo el amparo de los españoles.

Este jóven era Otholemi, el hermano de Cacumatzin, á quien sus partidarios habian librado de la muerte, comprando el secreto de los sacerdotes inmoladores.

## CAPITULO LX.

### Planes de Cacumatzin.



LEGÓ á México Cacumatzin resuelto á jugar el todo por el todo, para malquistar á Moctezuma con sus vasallos y sucederle en el trono.

No podia contar para llevar á cabo su empresa ni con el príncipe de Iztacpalapa, ni con Guatimotzin, ni con la emperatriz misma, quienes en vista de las declaraciones que habia hecho Moctezuma, por más que lamentasen su obcecacion, estaban convencidos de que su existencia al lado de los españoles era voluntaria, y respondia á un sentimiento de generosa estimacion.

En la cuestion religiosa habian transigido el emperador y sus vasallos con los españoles.

Habian renunciado aquellos á los sacrificios.

Pero conservaban sus ídolos, y los españoles, por su parte, habian ya erigido en México un templo á la religion cristiana.

Así pues, no podia valerse de aquellos poderosos auxiliares; pero con habilidad, y apoyándose en el fanatismo religioso de las masas, pudo adquirir entre los sacerdotes y el pueblo mexicano gran número de prosélitos.

Queriendo ocultar los designios que le llevaban á México, fué á cupar las habitaciones que como príncipe tenia reservadas en el palacio de Moctezuma.

Presentóse á la emperatriz, á Quetlahuaca y á Guatimotzin, como poseido de un profundo dolor por haberse visto obligado



á castigar á su hermano para evitar las consecuencias de la conjuración que en su nombre se habia fraguado contra él.

Fué recibido por todos con la consideración debida; pero notó desde el primer momento gran frialdad en todas las personas de la familia imperial.

Quetlahuaca, aparentando el mayor respeto á las disposiciones de Moctezuma, buscaba por distintos medios la realización de sus planes.

Conocía que mientras el monarca se mostrase afectuoso con los españoles en vano intentaría ponerlos en pugna con el pueblo mexicano.

Pero confiaba en que el estado de sobreexcitación en que vivía el emperador quebrantaría su espíritu, y no dudaba de que por este medio llegaría naturalmente á sus sienes la corona de México.

Guatimotzin pasaba la mayor parte del tiempo en Tacuba, devorando las penas que habian despertado en su alma los celos.

Fuese formando, pues, en torno de Cacumatzin la soledad.

No deseaba otra cosa para poder ponerse de acuerdo con las personas más influyentes que debían ayudarle en su empresa.

No se trataba ya de una conjuración de familia.

Procuró, pues, reunir en torno suyo el señor de Tezcucó á los teopixques, que estaban muy disgustados por las órdenes terminantes que habian recibido de suspender los sacrificios, y también porque al lado de la suya se habia levantado otra religión; y al mismo tiempo que conferenciaban con ello, procurando ponerlos de acuerdo, se valía de agentes para malquistar al soberano con sus vasallos.

Mientras de esta manera obraba Cacumatzin, mostrando claramente á todo el mundo su disidencia con el monarca, porque ni siquiera fué á verle, Hernan Cortés, conociendo que Cacumatzin era un enemigo poderoso, influyó en el ánimo de Moctezuma para que le declarase la guerra; y al mismo tiempo pro-

tegía á Otholemi, llegando su protección hasta el punto de pedir á Moctezuma que accediendo á los deseos de los tezcucanos, le confiase el mando de Tezcucó y enlazase á su familia, dándole por esposa á Temixpa.

No necesitaba mucha elocuencia Hernan Cortés para convencer al emperador de que aquella resolución era favorable á su imperio.

Conocía demasiado el carácter soberbio y vengativo de Cacumatzin, y no ignoraba los trabajos que hacia para desprestigiarle con sus vasallos.

Así es, que prometió á Hernan Cortés aprovechar la primera circunstancia favorable á sus designios para destronar á Cacumatzin, reemplazarle con su hermano y darle por esposa á su hija Temixpa.

En su primera entrevista con Miazochil le habló bajo la mayor reserva de este propósito, y le encargó que transmitiera sus deseos á Temixpa.

La joven estaba acostumbrada á obedecer ciegamente á su padre; pero al saber el propósito de Moctezuma, fingiendo que acataría su voluntad, envió un aviso á Zimpazin, rogándole que volviera á México precipitadamente.

Antes que el hijo de Qualcopoca pudiera acudir al llamamiento de su amada, celebró Cacumatzin una reunión con los teopixques y nobles de la corte que apoyaban sus proyectos, en el mismo palacio de Moctezuma.

Los sacerdotes confiaban en que el pueblo les secundaría.

Así, pues, en aquella reunión trató de decidir en su favor á los que vacilaban.

—Es necesario ser ciego, dijo, para no ver que el imperio de México está en poder de los españoles. Valiéndose de sus malas artes, han quebrantado la voluntad de hierro que en otro tiempo distinguía al monarca, y le han convertido en su esclavo.



Su esclavitud es la del pueblo mexicano.

Si Moctezuma es débil, nosotros debemos ser fuertes.

Si él arroja á los piés de los extranjeros las insignias de su mando, nosotros debemos recogerlas, demostrando á los extranjeros que si es fácil dominar á un hombre, es difícil dominar á un pueblo.

Viendo que la mayoría de la asamblea se oponía al destronamiento de Moctezuma, procuró borrar el mal efecto que habían producido sus primeras palabras, dando á entender que lo que no era destronarle, sino señalarle el avismo adonde caminaba y procurar que volviera en sí.

La historia ha conservado las palabras que en aquella ocasión solemne pronunció el señor de Tezcucó.

—«¿A qué aguardamos, amigos y parientes, dijo, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nación y á la vileza de nuestro sufrimiento?

«¿Nosotros, que nacimos á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza?

«¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia?

«Consideremos lo que han conseguido en breves días, y conoceremos, primero nuestro desaire y despues nuestra obligación.

«Arrojáronse á la corte de México insolentes de cuatro victorias, en que les hizo valientes la falta de resistencia.

«Entraron en ella triunfantes, á despecho de nuestro rey y contra la voluntad de la nobleza y gobierno.

«Introdujeron consigo nuestros eremigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los tlaxcaltecas y pisando el pundonor de los mexicanos.

«Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un general del imperio, tomando en ajeno dominio jurisdicción de magistrados ó autoridad de legisladores.

«Ultimamente, prendieron al gran Moctezuma en su alojamiento, sacándole de su palacio.

«No contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de sus delinquentes.

«Así pasó, todos lo sabemos; pero ¿quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡Oh verdad ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido!

«¿En qué os detenis, ilustres mexicanos? ¡Preso vuestro rey y vosotros desarmados!

«Esa libertad, aparente de que le veis gozar estos días, no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazón y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision más indigna de los reyes.

«Ellos nos gobiernan y nos mandan, pues el que nos había de mandar los obedece.

«Ya le veis descuidado en la conservación de sus dominios, desatento á la defensa de sus reyes, y convertido el ánimo real en espíritu servil.

«Nosotros, que suponemos tanto en el imperio mexicano, debemos impedir á todo trance su ruina.

«Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advenedizos y poner en libertad á nuestro rey.

«Si le desagradáramos dejándole de obedecer en lo que le conviene, conocerá el remedio cuando convalezca de la enfermedad, y si no le conociere, hombres tiene México que sabrán llevar en sus sienes la corona, y no será el primero de nuestros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó caer el cetro de las manos.»

Este discurso fué saludado con grandes aclamaciones.

Pero Guacolando, que asistía á la reunión, contuvo un tanto á los conjurados.



—Creo más conveniente, dijo, advertir á Moctezuma de nuestros planes, y antes de llevarlos á cabo obtener su licencia.

Atacar á los hombres en cuya compañía vive, es cometer un desacato que pondría en peligro la misma vida del monarca.

—Si tal hiciéramos, contestó Cacumatzin, daríamos tiempo á nuestros enemigos para ponerse en guardia, é influyendo en el ánimo de Moctezuma, echarían por tierra nuestros proyectos.

No, amigos, no; es necesario resolución: yo por mi parte estoy decidido á llevar á cabo esta empresa.

Los que quieran seguirme que me sigan. Los que no, que me abandonen, poco me importa.

Tenemos el deber de salvar la patria, y la salvaremos.

La reunion se disolvió despues de acordar todos el dia en que se realizaria el plan propuesto por Cacumatzin.

No habian acabado de separarse, cuando ya tenian noticia Moctezuma y Hernan Cortés de lo que habia pasado en aquella reunion.

Ilbialbi, incansable agente de los españoles, habia logrado averiguar los planes de los conjurados, y Guacolando, fiel á Moctezuma, fué por su parte á noticiarle la resolucion que habia tomado el soberano de Tezcuco.

## CAPITULO LXI.

### Otholemi es proclamado rey de Tezcuco.



UN no se habia separado Guacolando de Moctezuma, cuando Hernan Cortés pidió licencia al emperador para hablarle de asuntos importantes.

Moctezuma le recibió, y despidiendo á sus ministros, quedaron solos los dos amigos.

—¿Sabeis lo que sucede? dijo Hernan Cortés á Moctezuma.

—Iba á llamaros para comunicaros noticias que acabo de recibir.

—¿Segun eso, os han referido ya los planes del rey de Tezcuco.

—Sí; sé sus depravadas intenciones.

—En ese caso, ya comprendereis cuál es mi situacion.

Nadie mejor que vos conoce mis intenciones y la estrecha amistad que nos une.

¿Es justo que un príncipe ambicioso, so pretesto de libertaros de mi poder, cuando no estais en él sino por vuestra voluntad; es justo, repito, que reuna á vuestros vasallos, que concite contra nosotros su furor, que venga hasta nuestra morada, y desee asaltarla, para aprovecharse de la confusion, asesinaros en la pelea y alzarse con el trono de México?

Ya comprendéis que me es de todo punto imposible aguardar la provocacion.

Convencido como estoy de las intenciones de Cacumatzin, no tengo más remedio que salir á su encuentro lo más pronto posible al frente de mis españoles para castigar su osodía.